



## Juan de Ávila - 2008

Muy queridos hermanos Tomás, Juan Francisco, Pedro, Victoriano, Bernardino, Moisés, Daniel, Manuel y Luciano, a quienes honramos hoy por vuestro fiel servicio ministerial durante veinticinco y cincuenta años. Sacerdotes concelebrantes y hermanos en Cristo, que compartís con vuestros hermanos copresbíteros y con vuestros familiares sacerdotes esta gozosa fiesta y os unís a la acción de gracias de toda la comunidad diocesana por el don inestimable del sacerdocio a su Iglesia.

Todos nos sentimos destinatarios de las exigentes palabras dirigidas por el Apóstol Pablo a Timoteo: **“Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta, con toda paciencia y deseo de instruir... Tú estate siempre alerta; soporta lo adverso, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio”**.

Esta tarea del evangelizador en un mundo que no soporta la doctrina sana, aparta el oído de la verdad, y gusta rodearse de maestros que le digan la palabra que responde a sus deseos, sólo puede ser llevada a cabo con fidelidad y esperanza apoyados en el poder pleno que ha recibido Jesús y que sustenta y acompaña la misión a la que él mismo nos ha enviado. Necesitamos cada día renovar nuestra confianza en que Jesús está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

Renovar esta confianza es posible si, antes de predicar la palabra de Jesús, reconocemos que la grey a quien predicamos como pastores nos ha sido encomendada por el Espíritu Santo y si de forma permanente estamos alerta en el cuidado espiritual de nosotros mismos y nos encomendados a la Palabra de Dios para que ella nos guarde y apaciente, de manera que a través de ella el Espíritu nos consagre en la verdad.

Las enormes dificultades para la aceptación de la Palabra sólo pueden ser superadas cuando los mensajeros somos testigos auténticos, porque la Palabra de la vida se ha hecho vida en nosotros, porque toda nuestra existencia es Palabra viva y testimonio de amor a Jesucristo sin reservas. Sólo el amor a Cristo, reiterado cuantas veces sea necesario cada día, puede mantenernos gozosos apacentando las ovejas que el Señor ha adquirido al precio de su sangre. El amor al Señor nos hace capaces de entregar la vida por sus ovejas.

¿Cómo hemos de dejarnos configurar por la Palabra de la verdad y por el Espíritu del Amor?

En el fiel desempeño de nuestra misión nos ha regalado también el Señor el modelo de santos pastores que, como Juan de Ávila, han hecho de su vida y ministerio un “*amoris officium*”, que representa una realización auténtica del Evangelio.



En efecto, la gozosa celebración de la fiesta de San Juan de Ávila nos ofrece el modelo de una espiritualidad personal, una existencia ministerial y una doctrina teológica armónicamente integradas y centradas en la experiencia del amor de Dios; no en el amor que estamos obligados a mostrar a Dios, sino **en el amor que nos ha mostrado quien nos ha amado primero.**

Con su trabajo apostólico y sus numerosos escritos, Juan de Ávila pretendió **hacer participar a todos de su misma experiencia personal de sentirse amado por Dios.**

La afirmación “*Dios es amor*” (1 Jn 4,8.16) fue entendida por San Juan de Ávila como la autodonación de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, a todos y cada uno de los hombres, que da origen a nuestro nuevo ser y a nuestra plenitud, porque no nos da algo, sino que se nos da Él a sí mismo. Y **este amor de autodonación de Dios, que se ha manifestado ante todo en la Cruz de Cristo, es el origen del nuevo ser de Juan de Ávila.**

El testimonio del amor a Cristo siempre ha ido unido a la participación en su cruz y padecimientos, porque el “mundo” no acoge fácilmente a los que no son del mundo y pone a prueba la autenticidad de su vida como se prueba el oro en el crisol. Así lo tenemos anunciado por el Señor y sus primeros testigos.

La referencia de Juan de Ávila a la Cruz como camino de reconocimiento y experiencia del amor de Dios no es un mero eco teórico de la influencia decisiva que en Juan de Ávila tuvieron las enseñanzas de San Pablo y de San Juan, sino una realidad vivida en identificación radical, de forma especial en el tiempo que estuvo en la cárcel de Sevilla, que iba a condicionar toda su vida posterior y su pensamiento. **En la cárcel ha tenido experiencia del mayor don de Dios y aprendió más que en todos los años de sus estudios.** Dios le concedió allí “*un muy particular conocimiento del misterio de Cristo*” (Luis de Granada, Vida, II, 4,6). Por ello pudo resumir Juan de Ávila este especial conocimiento del misterio de Cristo escribiendo: “***En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste***” (Carta 58, 50-51: IV, 269). Esta experiencia fundante es la experiencia de cómo Dios le ama en Jesucristo crucificado, el cual, en la cárcel de Sevilla le ha salido al encuentro, mostrándole sus llagas de amor como a Francisco de Asís o a Teresa de Jesús. Este encuentro en el amor con el Señor crucificado y glorificado se convirtió para Juan de Ávila **en el verdadero motor de su vida y en la idea clave de toda su teología.**

La Cruz de Jesucristo será, pues, para Juan de Ávila, el lugar permanente de la manifestación y de la experiencia del amor de Dios. **Hablar del amor de Dios, será hablar de la Cruz de Cristo.** A pesar de la influencia de otras teologías de la época, San Juan de Ávila no pondrá el acento en la encarnación sino en la cruz, manifestando así su propio criterio teológico, siguiendo el modelo paulino y joánico.

Nuestras circunstancias pastorales presentes y futuras nos van a pedir atención a grupos humanos numéricamente reducidos, incluso a personas una a una. A este propósito es



oportuno resaltar también cómo Juan de Ávila, siguiendo la orientación de la “*devotio moderna*”, ha desarrollado el proceso de manifestación del amor de Dios al hombre como un **proceso personalizado del amor de Dios a cada persona concreta**. Por eso llegará a insistir en que Cristo habría muerto por un solo hombre y que ha muerto pensando en cada uno de nosotros, como si los demás no existiesen. Es muy probable que la experiencia del amor de Dios hacia él en la cárcel fuera el lugar espiritual donde comprendió y asimiló esta convicción tan fundamental para su espiritualidad, ministerio apostólico y enseñanza.

Y Juan de Ávila pondrá también buen cuidado en mostrar **el camino pedagógico por el que se puede llegar a personalizar esta experiencia del amor de Dios**. Juan de Ávila pretendió hacer comprender la inhabitación de Dios en el alma en clave personal, es decir, desde el encuentro personal en el amor. Para ello recurrirá a las imágenes de la misericordia del Padre, a la actitud de infancia espiritual, a la relación esponsal del alma con Cristo, a la imagen de la Cabeza y el cuerpo, de la vid y los sarmientos. Pero, sobre todo, se centrará en la afirmación paulina: “*Ya no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí*” (Gal 2, 20). De esta manera, en consonancia con la afirmación de Trento, frente a la doctrina luterana, pondrá de relieve la realidad de la vida nueva del cristiano por su incorporación sacramental a Cristo, que transforma toda su existencia.

En la oración, que considera, al igual que Santa Teresa, como trato familiar y de amor con Dios, y, sobre todo en la Eucaristía es donde vive Juan de Ávila esta continua incorporación en Cristo, pues el Señor nos asemeja y nos transforma en él, llevando a plenitud, sin anularla, nuestra propia identidad. Y en toda esta obra de asimilación a Cristo, Juan de Ávila atribuye un papel central al Espíritu Santo, en un tiempo en que la teología le dejaba con frecuencia en el olvido.

**La experiencia del amor hace testigos del amor**. Juan de Ávila está convencido de que no se puede hablar de que Dios es amor si no se tiene experiencia de ello. Como han hecho todos los grandes santos, Juan de Ávila hablaba del amor de Dios desde su propia experiencia personal. Él consideraba que a Dios **se le puede verdaderamente catar, sentir y gustar**, pues la relación amorosa que establece con nosotros es una relación personal. La relación que anhelamos llegar a tener en la gloria es una continuidad de la vida de amor con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en esta vida de gracia.

Para Juan de Ávila, **la experiencia de la noche**, es decir, de las formas diversas de dificultades, enfermedades, contratiempos, calumnias, persecuciones, sequedades espirituales, lejos de ser un signo del abandono de Dios, se convierten en un **signo claro de su presencia amorosa**, pues a los que aman a Dios todo les sirve para bien, porque están ciertos de que nadie los podrá separar del amor que Dios les ha mostrado en Cristo, y porque así se parecen más a Cristo y son más amados por el Padre, que reconoce en ellos a su Hijo.



Carlos López Hernández

Que el ejemplo y la intercesión de San Juan de Ávila nos alcancen la gracia de centrar todas las dimensiones de nuestra vida espiritual y de nuestro servicio al Evangelio en la experiencia del amor de Dios, fuente de nuestra plenitud personal y de nuestro gozoso ejercicio del ministerio.